

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Michel Onfray

# Política del rebelde

Tratado de resistencia e insumisión

Traducción de Marco Aurelio Galmarini



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Titulo de la edición original:*  
Politique du rebelle  
© Éditions Grasset & Fasquelle  
París, 1997

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français  
chargé de la Culture-Centre national du Livre  
Publicado con la ayuda del Ministerio francés  
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* A. Vermare, colección del autor, © Paule Bigot

*Primera edición: enero 2011*

© De la traducción, Marco Aurelio Galmarini, 2011  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6319-2  
Depósito Legal: B. 43890-2010

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36  
08830 Sant Boi de Llobregat

Tan odioso me es seguir como guiar.

NIETZSCHE, *La gaya ciencia*

## INTRODUCCIÓN

### FISIOLOGÍA DEL CUERPO POLÍTICO

Aunque sin demasiada claridad, de manera confusa, turbia, sé de mi fibra anarquista desde mi más temprana juventud, pese a no haber podido nunca dar nombre a esta sensibilidad que me surgía de las vísceras y del alma. Desde el orfanato de los salesianos, adonde mis padres me enviaron a los diez años, desde la primera vez que vi alzarse sobre mí una mano amenazante, desde las primeras vejaciones que me infligieron los sacerdotes y las otras humillaciones de mi infancia, más tarde en la fábrica donde trabajé unas semanas, después en la escuela o en el cuartel, siempre me he encontrado con la rebelión, siempre he conocido la insumisión. Me resulta insoportable la autoridad, invivible la dependencia e imposible la sumisión. Las órdenes, las exhortaciones, los consejos, las solicitudes, las exigencias, las propuestas, las directivas, las conminaciones, todo eso me paraliza, me perfora la garganta, me revuelve las tripas. Ante cualquier mandato vuelvo a sentirme en la piel del niño que fui, desolado por tener que recorrer nuevamente el camino del internado para pasar allí la quincena que había terminado por ser la medida de mis encarcelamientos y mis liberaciones.

Casi treinta años después de mi ingreso en ese internado, me noto los pelos de punta, la voluntad fortalecida y la violencia a flor de piel apenas veo asomar intentos de apoderarse de mi

libertad. Sólo quienes aceptan esta carne herida, este arañazo aún sin cicatrizar y esta incapacidad visceral para aguantar cualquier influencia moral, sólo ellos pueden soportarme y vivir en mi entorno más cercano. De mí se consigue todo lo que se quiera sin exigencias, pero nada en cuanto asome la mera posibilidad de que un poder me amenace o cercene mi libertad.

Sólo tardíamente, hacia los diecisiete años, descubrí que existe un archipiélago de rebeldes y de irreductibles, un continente de resistentes y de insumisos a los que se llama anarquistas. Stirner fue para mí un sostén y Bakunin un destello que atravesó mi adolescencia. Desde que desembarqué en esas tierras libertarias, no he dejado de cavilar cómo se podría merecer *hoy* el epíteto de anarquista. Lejos de las opciones que datan del siglo XIX o de las marcas aún impregnadas de cristianismo en el pensamiento anarquista de los precursores remotos, muchas veces me he preguntado cómo sería, en este final de milenio, un filósofo libertario que tomara en consideración dos guerras mundiales, el holocausto de millones de judíos, los campos de detención del marxismo-leninismo, las metamorfosis del capitalismo entre el liberalismo desenfrenado de los años setenta y la globalización de los años noventa, y sobre todo los años posteriores a Mayo del 68.

Antes de abordar estas zonas contemporáneas, quisiera exponer la hipótesis de que hay informaciones que afectan ante todo a las vísceras, el cuerpo, la carne. Desearía volver a los saberes relativos en primer lugar a una carne, un esqueleto, un sistema nervioso. Me gustaría recuperar la época en que se inscriben en los pliegues del alma las experiencias generadoras de una sensibilidad de la que uno jamás se separará, pase lo que pase. Mi objetivo es una fisiología del cuerpo político. A mi modo de ver, *el hedonismo es a la moral lo que el anarquismo es a la política: una opción vital exigida por un cuerpo que recuerda*. Este duodécimo libro completa los anteriores, todos los cuales invitan a una filosofía del cuerpo reconciliado consigo mismo, soberano, libre,

independiente, autónomo, dichoso de ser lo que es, no de un cuerpo sufriente entre las redes del ideal ascético. No me imagino la filosofía sin la novela autobiográfica que la hace posible.

Todo comienza con el cuerpo de un niño aterrorizado por la fábrica del pueblo que exhala vapores y humo por las narices, como un monstruoso animal de fábula. Ruidos sordos y regulares, largos y lentos, negros e inquietantes bullen en su vientre: motores, ventiladores, máquinas mágicas, hierros a rayas como piel de cebra, rugidos de acero, palpitaciones de engranajes y largos chorros de brumas insulsas o saturadas de olores repugnantes. Así me represento la quesería del pueblo en cuyas calles doy mis primeros pasos. La fábrica expulsa brumas amenazantes para el niño que soy. Voy regularmente de la casa de mis padres al borde mismo de ese animal furioso para llenar un cubo de leche y regresar con las sensaciones, en la mano ahuecada, del peso y la abollada redondez del mango de madera con escamas de pintura roja. El líquido pesa y me tira del brazo. Recuerdo la diferencia entre la ida, ligero, con el recipiente vacío que se balanceaba en mi puño y al que de tanto en tanto hacía sonar lanzándolo contra las paredes, y el regreso, cargado con un contenido que desbordaría si no tenía cuidado de mantener la estabilidad. Entonces la leche chorrearía formando hilos de color crema a lo largo del aluminio y, en verano, incluso sobre mis piernas desnudas.

¿Quién me había enseñado la magia de la fuerza centrífuga mediante la cual, sosteniendo el cubo como un peso muerto a lo largo del brazo y haciéndolo girar con energía en torno al eje de la espalda, se podía realizar una rotación completa sin que cayera del recipiente ni una sola gota de leche? Hoy, al escribir, me viene a la memoria la respuesta: un compañero de la escuela primaria que murió hace poco de un cáncer generalizado. Desde esos sonidos sordos del aluminio golpeado a lo largo de la pared

a ese soplido, ese silbido tras los movimientos que, más tarde, experimentaría en la sacristía con el incensario, los días de misa, tengo la sensación de haber ido descubriendo el mundo a trozos, por fragmentos.

De esta manera, iba yo cada dos días a buscar la leche que el patrón de la fábrica daba a sus obreros (mi padre trabajaba en su granja y mi madre en las tareas domésticas de su castillo, como se decía). Yo bordeaba el animal y a veces penetraba a través del humo que salía de las aberturas de ventilación realizadas en las ventanas ocultas por los gruesos vidrios que separaban esas entrañas de la piel del pueblo. Como vencedor de las magníficas brumas, como conquistador<sup>1</sup> de comarcas saturadas de *fògs* fabriles, entraba en ese mundo como se penetra en grutas sombrías, en misteriosas anfractuosidades donde uno espera toparse con un animal prehistórico. No sabía yo entonces que tendría que hacer frente a un dragón al que odié desde ese momento y aún hoy sigo odiando.

Fuera, en el frío de los inviernos o la luz de los veranos, este vapor me parecía un signo de la proximidad del Leviatán. Desde dentro me llegaban ruidos sordos, secos, fríos, nítidos, aullidos acompasados, gemidos mecánicos y furias moldeadas por un viento maligno. Durante mucho tiempo, de esta ballena blanca sólo conocí los labios y la boca; ignoraba por completo sus entrañas. A su alrededor, como marineros que parten hacia los bancos de peces no lejanos de continentes hiperbóreos, los lecheros partían en medio de la noche, de la misma manera que los pescadores de Terranova embarcan hacia mundos lejanos: los camiones salían de la fábrica en procesión. Ya despierto por ellos y sus movimientos nocturnos, semejantes a los de los meharistas penetrando en el desierto, yo oía primero los bidones que entrecocaban cuando disminuía la velocidad, no lejos del stop, cerca del cruce. Luego, los nuevos bamboleos al volver a arrancar antes

1. En castellano en el original. (*N. del T.*)

de dispersarse hacia los cuatro puntos cardinales. A mis ojos de niño, mi tío era uno de esos guerreros de la lechería, una especie de caballero que se levantaba al alba, cuando el pueblo todavía dormía.

Al final de caminos trazados en la vegetación entonces amenazante, todavía de noche, cargaban los bidones en su camión y descargaban los otros, que el campesino encontraría vacíos cuando se levantara. Esta noria permitía la alimentación de la bestia, que no se movía del pueblo. Cuando, muy temprano, regresaban a la fábrica, los lecheros traían grandes cantidades de leche; entonces yo veía el vientre del animal lleno hasta el borde, en los límites mismos del vómito. Me imaginaba que el líquido blanco y graso desbordaba de los bidones, las cubas, los contenedores, las gigantescas marmitas de acero que rivalizaban en monstruosidad con la majestad del torreón medieval que domina el pueblo. Luego, la invasión de las calles, las casas, las tiendas, mi escuela, la panadería donde iba yo a buscar el pan a la luz vacilante del amanecer.

Vagidos, lamentos contenidos, ruidos apagados, mugidos modulados como largas frases, rugidos de los motores y de los ventiladores, la fábrica me estaba prohibida, so pena de descubrir allí un universo poblado por monstruos, furias, horror y condenados; sólo tenía permiso para llegar a los llamados muelles, desembarcaderos de los numerosos bidones. Penetrando en el aire cada vez más saturado por el ruido, el vapor y la actividad dedicada al trabajo, recurría a una escalerilla de hierro, siempre chorreante, siempre resbaladiza, para acceder a un lugar donde la luz caía copiosamente por un agujero que se había practicado en el techo. La plataforma estaba invadida por una serpiente de hierro y acero, cadenas y aceite; desde la parte trasera del camión del que se descargaban, los bidones avanzaban sobre ella con regularidad hasta las cubas, donde, una vez volcada, la leche espumaba antes de ser tragada por la fábrica.

Allí, falto de habilidad, torpe, me servía por mí mismo, o



bien me llenaban el recipiente. A veces, un adulto velludo, siempre el mismo, hundía la medida en la leche y vertía el contenido en mi cubo; de tanto en tanto, unas gotas corrían por sus antebrazos y la mezcla de pelos morenos con hilos blanquecinos me daba asco. Me dirigía dos palabras y yo me volvía a marchar, con el brazo lastrado, dejando a mi espalda la fábrica amenazadora para volver al pueblo. La frontera era perceptible a la altura del hangar para bicicletas donde, bajo las chapas onduladas, se las colgaba como carcasas sanguinolentas en ganchos de carnicero, a la espera de que, tras la jornada de trabajo, los obreros fueran a descolgar sus víctimas exangües.

El patio era cruzado por cuerpos en movimiento, como en el escenario de un teatro: algunos erguidos, rectos, limpios, dignos, vestidos con ropa de ciudad; otros más encorvados, más desgarbados, más sucios, más agobiados, en ropa de trabajo; y, finalmente, otros jorobados, torcidos, aplastados por un peso cuyo origen yo desconocía, aparecían en el espacio y se desplazaban como fantasmas escapados de no sabía yo qué oscura fosa. Allí se cruzaban los oficinistas y los empleados del departamento de contabilidad, los de mantenimiento y la sección de mecánica, los de producción y trabajos pesados. Mi infancia frecuentaba estos movimientos masivos, ya embebida de la rebelión que hoy constituye mi visceral irreductibilidad.

También los campesinos iban y venían, conduciendo tractores que avanzaban a tumbos, ruidosos y humeantes. Arrastraban, como vagones de un tren, cubas metálicas en las que vertían el suero de la leche con la que se había hecho la mantequilla. Este suero de leche, claro y ligeramente verdoso, se derramaba en consonancia con los baches del patio. Sobre el suelo se dibujaban huellas líquidas, cartografías mágicas y misteriosas, repugnantemente perfumadas de un olor picante y ácido. Como niño que era, saltaba yo esos charcos para dejar al animal y sus vómitos a mi espalda y ganar poco a poco, a la medida de mi paso, la calle que bajaba al pueblo.